


ALVARO CASTILLO

PALOS DE CIEGO

(extracto: primer día)

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

lunes

- 1)
- 2)
- 2b)
- 3)
- 4)

Enlaces

PALOS DE CIEGO

Lunes

1)

EN LAS PAGINAS AMARILLAS de la guía de Nacimiento, bajo el epígrafe ‘Detectives privados (agencias de)’, el sexto nombre de la lista, y el penúltimo, era el de la agencia para la que yo trabajaba, ‘Coronel Prósper y Asociados. Discreción. Eficacia. Honradez. Seriedad’. Prósper era el director y el principal propietario. Los asociados nunca supe quiénes eran, nunca los ví; cabe que no existieran.

Yo trabajé seis años a órdenes de Prósper. Antes, yo había ejercido de pasante de abogado y periodista. Tenía treinta y dos años cuando Prósper me contrató. Me dijo que necesitaba de alguien que pudiera moverse con soltura en los clubs y los salones de la buena sociedad. “La gente que figura”, fueron sus palabras. Me hizo seguir, a cargo de su agencia, un cursillo avanzado, de seis meses, de microfotografía, dactiloscopia y levantamiento de huellas dactilares, seguimiento de personas, criptografía y descifrado de claves, técnicas de investigación y aparatos electrónicos, entre otras variadas y emocionantes asignaturas (arte del maquillaje, por ejemplo); también me enseñaron nociones de ruso, jamás sabré por qué.

Me dieron un rutilante diploma que enmarqué y colgué en mi piso y firmamos el contrato, por trienios renovables. Me pagaban dos mil quinientos pesos fuertes al mes, que entonces sumaban una cifra respetable, viáticos aparte, y unos más bien ilusorios incentivos, un rubro que yo raramente percibía. A lo largo de dos o tres años me dediqué, por regla general, a las tareas propias de un principiante, asuntillos muy menores fatalmente vinculados a divorcios, desapariciones voluntarias, paternidades dudosas o en entredicho, comprobación de currículums y espionaje industrial de baja estofa. Pocas veces pisaba los dorados salones de la alta burguesía, a la que pertenezco por cuna y educación y de la que me desvinculó, en mi aún incipiente juventud, la dèbacle económica de papá. Los asesinatos, por lo demás, caían muy lejos de mi ámbito, por lo menos hasta la noche en que me encontré entre los brazos, como quien dice, con el bello cuerpo sin vida de Nedesha Borrell, la modelo. Llevaba algo más de dos años en la agencia cuando me mandaron a

Cuernos del Diablo; también aquel caso había empezado, para mí, como una tarea, aunque curiosa (inérita, de hecho), muy menor.

Prósper me había citado en su despacho a las diez de la mañana. Llegué puntual. Tiré mi tirolés al perchero, a tres metros de distancia, y acerté; no era la primera vez.

-¿Cómo estás, Moneypenny?

Yo había practicado mucho con el sombrero; no era el único en la agencia que lo usaba, pero era el que tenía mejor puntería. Tenía varios sombreros, de invierno y de verano, un par de ellos reversibles, muy prácticos. Entonces era verano, en sus mitades; yo llevaba, como acostumbraba por aquellas fechas, mi adminículo de corte tirolés, con su ala suscita, adornado en un costado con una plumecita blanca.

-Cada vez apuntas mejor, tesoro mío –Genoveva Lázaro dejó de escribir y retuvo las manos en el aire, un par de centímetros por encima del teclado electrónico-. El gran hombre está adentro; te espera.

Con la dorada cabecita, Genoveva me señaló la puerta al fondo. Yo llamé tres veces con los nudillos, esperé tres segundos y entré.

Prósper era un hombre hirsuto y bajo, tieso de porte y de lenguaje elaborado y, sin embargo, monótono, que frisaba en los sesenta. Había sido jefe de policía y director del puerto y de correos (militarizados) antes de fundar la agencia. Fumaba puros Partagás, bebía agua Perrier, usaba colonia Old Spice y siempre mostraba en el puño una fusta de mango de marfil, que hacía restallar contra la caña de sus botas al menor motivo... o sin que viniera a cuento. En su despacho, dos contrapuestas cabezas de venado de arbóreas astas ilustraban las paredes; contra una de éstas también había una alta biblioteca encristalada que contenía libros de leyes en diferentes idiomas (entre ellos el latín), que Prósper ignoraba con marcial imparcialidad; el español inclusive. Una gran foto suya, enmarcada tras un cristal, ocupaba la pared opuesta a la biblioteca.

Aquella tarde, Prósper me recibió de pie, plantado de espaldas al gran ventanal que se abismaba sobre la dilatada, espejeante bahía.

-¿Sabe usted quién es Martín Ortoliz? –ladró al entrar yo y cerrar; sacudía en la diestra una hoja mecanografiada mientras con la siniestra se infligía fustazos en la bota.

-¿El poeta? –inquirí, algo perplejo.

-Y millonario –puntualizó Prósper. Cabeceó un par de veces, como distraído, y descargó el fustazo final contra su bota-. Parece que alguien irrumpió en el panteón familiar, con la intención, frustrada, de robar o violentar el cadáver de su padre, muerto hace hoy unos seis años.

Había abandonado la fusta, tirándola sobre la mesa.

-Siéntese –me ordenó; él se sentó en su sitio, de espaldas al ventanal, y depositó sus codos sobre la abarrotada mesa, donde el teléfono, de baquelita negra y de modelo antiguo, sombrío y mudo, había adquirido un sesgo amenazador-. También, al parecer –añadió-, tiene problemas con su hermano menor; medio hermano, en realidad, según nuestros informes. Un chico revoltoso, conflictivo. Siéntese –repitió.

Yo ya me había sentado. Me estaba acomodando sobre el incómodo asiento, un poco inquieto. Prósper no se esmeraba por disimular un cierto, cauteloso disgusto, que temí que me concerniera. No era así.

-Vayamos al grano –propuso. Siempre decía lo mismo

Después de revolver un momento entre papeles, sobre la mesa, abrió un cartapacio de cubiertas celestes y pasó unas hojas. Se había colocado unas gafas alargadas, de lectura, en la roma nariz, y se tironeaba con dos dedos rutinarios del pulcro bigote blanco. Gruñó un poco para sí mientras leía.

-Bien bien. Sí sí ehm sí –murmuró.

Alzó de nuevo hacia mí los ojos acechantes, como si hubiera tratado de captarme en un renuncio, y se libró de las gafas, ya innecesarias, con un sincero y rápido manotazo. Compuso una atildada mueca; su mortecina mirada languideció sobre mi cara y resbaló a la pared lateral. Fuera, la mañana estival refulgía; serían las diez y diez.

-Tiene que viajar usted a Cuernos del Diablo hoy mismo –me informó el coronel-, y allí ponerse en contacto con el señor Ortoliz, al que podrá encontrar a partir de las seis en el Club de Arponeros. Él ya le explicará de qué va el asunto, y le hará saber los necesarios pormenores –el lenguaje ampuloso del coronel me cansaba un poco, y me obligaba a prestarle una esmerada atención; escondí un par de bostezos con el puño: la noche antes me había acostado tarde-. Póngase por entero a su disposición, Bermúdez. ¿Tiene su automóvil en condiciones?

Yo asentí, ¿qué remedio?

-No creo que le haga falta llevar un arma –prosiguió el coronel-, aunque la decisión final la dejo en sus manos. En caso que se sienta más tranquilo con una encima, escoja la que más le guste de la armería. Ya sabe que la munición corre de su bolsillo. ¿Dónde cree que podrá alojarse? En esta época, los hoteles de la Costa Este suelen estar llenos. De todos modos, usted conoce bien aquello; sabrá dónde parar. Esta cuestión le llevará algunos días, y probablemente requerirá de más de un desplazamiento largo. La fallida incursión en el panteón de la familia se cometió aquí en Nacimiento. Lo primero, empero, es lo primero: ponerse en comunicación personal con Ortoliz y a su servicio. Confío en usted, Bermúdez; en su savoir faire y sus contactos –el acento monocorde del coronel se tiñó,

por un fugaz momento, de sarcasmo-. Manténgame informado día a día. Soler le dará su talón para viáticos.

Prósper no esperaba ni preguntas ni respuestas de mi parte; no era su estilo esperarlas de nadie, esperar nada. Su soliloquio estaba destinado a sus propios oídos: eso era todo.

Por el ventanal, cuando me erguí, impelida por una brisa alta, viajaba una solitaria nube blanca, como una redonda y esponjosa ovejita que discurriera sobre un prado azul. Cerré la puerta sin ruido al salir.

2)

Llegué al Marmontel, sobre la margen oriental del Melgarejo, en la desangelada villa homónima, hacia las cinco. Era un hotelcito de mala muerte, en el que yo ya había parado alguna que otra vez hacía años. Me inscribí, subí y me duché sin perder tiempo.

Mi habitación, al fondo del destartado edificio cúbico, en la segunda planta, era peor que espartana: casi era ruin. El único ventanuco, protegido por cortinitas floreadas raídas y rígidas de mugre, daba a una pared de ladrillo que yo hubiese podido tocar con los dedos de haber tenido los brazos sólo una cuarta más largos.

Había un espejo difuso en la puerta de un armario desvencijado y chueco, una cama turca contra una pared, una mesita cubierta con hule marrón cabe a la opuesta y una única silla de mimbre entretejido, más una ovalada alfombrita de yute, gastada como el alma de un croupier.

Colgué mi parca indumentaria en el interior escueto del armario, me miré desganado en el espejo, que me devolvió una imagen envejecida y un poco fatua, me encogí de hombros y salí.

El Marmontel estaba en el penúltimo arrabal de Melgarejo, a veintitantos kilómetros del Cuerno Menor. El Club de Arponeros, un elegante residuo de edades ya preteridas, quedaba en el rincón más extremo de la península, del otro lado de la Torre del Agua.

Dejé el Mercury, tosiqueante y descangallado, en un garaje por horas, que daba a la parte de atrás de la placita de la torre, y recorrí a pie los doscientos pasos avaros que me faltaban hasta las escalinatas de acceso del club, un vuelo de ocho escalones de mármol gris veteados que se desplegaban en abanico sobre la acera, escoltados por dos alados grifos de bronce; los franqueé en tres zancadas. Habían dado las siete pocos minutos antes; yo había oído las campanadas, vibrantes y –me pareció– agoreras en la tarde declinante.

Adentro, la suave, aterciopelada penumbra estaba perfumada de pétalos de rosa y tiempo inmóvil. Un sutil polvillo flotaba en las rodajas de sol que atravesaban los taraceados vi-

trales. Había borrosas efigies de señores de gorguera en las altas paredes y bustos de mármol sobre peanas; esbeltas, longilíneas columnas blancas sostenían una elevada bóveda ducal. El aire era sigiloso y mustio. Dos dóciles ujieres avejentados, de ropaje gris uniforme, platicaban en susurros en un rincón. Uno, al verme, se acercó.

-El señor Ortoliz –le comunicué-. Estoy citado.

-¿Su nombre el caballero?

Era un viejito prolijo, sumiso, doblegado, que escupió una discreta tosecita en un puño enguantado. Le dije mi nombre, que él pareció ni oír, y a quién quería ver. Añadí que estaba citado. El viejo me sonrió finito, entreabierta la boca desdentada, como con una especie de educado y desdeñoso aburrimento. Tenía una vocecita temblorosa y ligeramente estridente, senil. Consultó un adusto libraco, poniendo ante sus ojos unas anticuadas gafas, tipo quevedos, que sostenía con una mano temblequeante. El libro escupió una vaharada de polvo al abrirse; parecía como si mi nombre lo hubiesen escrito allí un siglo antes. El viejito cerró el libraco, satisfecho, con una segunda vaharada de polvo, y escondió los quevedos en las profundidades de sus ropas.

-Por aquí el caballero –me indicó.

Lo seguí por una larga escalera de sucesivos tramos alfombrados y después por diferentes, alfombrados pasillos y salones, entre armaduras medievales y arpones y rollos de sogas colgados de las paredes. Nuestro itinerario desembocó en un penúltimo salón escasamente iluminado, del otro lado de unas altas colgaduras de pesados pliegues púrpura y una elevada puerta, que el viejito separó y abrió para mí, al tiempo que enunciaba mi nombre. Yo pasé al otro lado y el viejito se esfumó como si hubiera dejado de golpe de vivir.

Plantado detrás de una alargada mesa, Martín Ortoliz sujetaba con las dos manos un florete de esgrima abotonado, con el largo hierro doblado entre pulgar e índice. Cuando Ortoliz lo soltó, el florete se enderezó con un leve tañido metálico.

-Solingen noventa y siete cien –dijo Ortoliz.

-Insuperable –susurré.

Pensé, entre divertido y resignado, que para entenderme con gente de esa clase me habían contratado; mi propia clase. No obstante, yo me sentía tan cómodo como en un ómnibus lleno, apretado entre gordos. Ortoliz me observaba con una cierta, si bien morigerada, insistencia escrutativa. Había tirado el florete sobre la mesa con ademán negligente y me tendía la diestra.

-Señor Bermúdez, lo esperaba.

Fue un apretón de manos breve pero firme. El hombre tenía unos dedos como flejes de acero, a la par que largos, sensibles y delicados. Tenía (tuve que reconocerlo) todo el em-

paque de un gran señor. Era un cuarentón alto, de espaldas cuadradas y ojos oscuros y penetrantes; el mentón, redondeado y ligeramente prógnata, desvelaba un temperamento enérgico y dominante y un carácter a no dudar obstinado.

Poeta y millonario, yatchman, aviador, esgrimista y gentleman rider, Martín Ortoliz era un hombre hermoso y seguro de sí mismo; una figura pública. La suave benevolencia de su sonrisa era un persistente reflejo (y recordatorio) de una vida pródiga en halagos, bienestar, ocio, abundancia y numerario; una vida plena como un mar y satisfactoria como un crucero por el Mar Caribe. Un poco lo envidié. Él me hablaba con un acento formal y algo distante, no exento, empero, de un apagado eco de democrática fatuidad.

-Conocí y aprecié, como usted sin duda supondrá, a su difunto tío Raimundo. Usted es hijo ¿de Antolín? ¿De Antolín, verdad?

Asentí, un poco incómodo. Ortoliz me observaba con el entrecejo esquemáticamente fruncido, como si yo pudiera convertirme en un verso mal medido o un epíteto algo dudoso (o una cuenta bancaria con saldo negativo).

-Usted es ¿Juan Francisco? –me preguntó, a mi parecer un poco azarado- ¿Miguel Ángel? ¿Juan Miguel?

-Bernardo Bernabé, señor –le contesté-. Miguel Francisco es mi primo.

-El campeón nacional de xare, ¿no? Un magnífico deporte el xare, si bien mis preferencias se decantan por los sables, la vela y el caballo, como usted acaso sepa.

-Y los libros –añadí, como si la literatura fuera su cuarto deporte.

No estaba muy seguro de cómo reaccionaría aquel hombre, tan arrogante como sin duda inteligente. Reaccionó bien, no obstante. Con un corto vaivén de una mano echó al olvido a toda la literatura universal, de Platón en adelante.

-He leído alguno de sus libros –alcancé a agregar.

-Hablemos de cosas serias –dijo él; y en seguida:- Me preocupa Rafael. Es mi hermano menor, el benjamín.

-Algo me anticipó el coronel Prósper. También se refirió a un ultraje inferido a la morada de sus ancestros. ¿Qué quiere usted que yo haga, señor?

-Primero lo pondré en antecedentes –propuso Ortoliz-. ¿Le parece?

Me parecía de lo más bien y se lo dije, con cuidadoso énfasis. Acto seguido, él me condujo hasta unos holgados sillones, que distaban diez pasos. No había más nadie en el amplio salón, si bien al fondo se abrían varias arcadas sobre una concurrida terraza que, según pude ver y recordar (había estado allí antes, alguna que otra vez), se asomaba al mar. La brisa transportaba el rumor de las olas y el vaho acre de las algas.

2b)

Contra un desdibujado horizonte grisáceo, en el que despuntaba la noche, vi pasar por consecutivas arcadas a dos airosas señoritas de porte lánguido y aristocrático; también vi a un viejo gordo y alto, con unos shorts bolsudos, que se acariciaba con morosos dedos una mediatunda y abundante barba bíblica, blanca. Me parecieron personajes extrapolados de óleos medievales y disfrazados con estrafalarias vestimentas modernas. En un muro, con las piernas para afuera, se sentaban tres o cuatro adolescentes de multiplicado perfil andrógino; se oían sus risas y sus nimias voces, y las postreras gaviotas que graznaban.

-Rafael ha sido, últimamente, un muchacho irreflexivo y, me temo, bastante ruidoso, pero en el fondo es un ingenuo –Ortoliz pronunciaba su alocución con un timbre estudiado y preciso, como si él mismo se doblara en una película; temí que en algún momento su voz sonara dispar al movimiento de sus labios-. A menudo Rafael anda metido en dificultades, nunca graves, por fortuna –al llegar la predecible pausa, sus netos ojos oscuros, perspicaces, se habían clavado en los míos-. De momento, al menos –un hondo resuello levantó sus amplios pectorales-. Temo que la situación se haga más difícil pronto.

-¿Qué edad tiene su hermano?

-Veinticinco años.

-A los veinticinco años uno aprendió ya muchas cosas.

-Será su caso, Bermúdez, no el de él –Ortoliz respiraba irritado, a grandes bocanadas-. Rafael no aprendió nada, nunca.

No me había gustado que me llamara directamente por mi apellido, pero tampoco me importaba demasiado. Había en Ortoliz cierto furor, como poco latente, precedente sin duda a mi visita, y que él, llegados a aquel punto, ni trató de disimular. Era, me dije, un hombre inteligente y con experiencia, pero yo había conocido a otros tan inteligentes y experimentados como él o más, y no por ello menos incompetentes.

-Tengo entendido –arriesgué- que Rafael y usted son medio hermanos.

-Sí, eh... En efecto.

Ortoliz paseó los ojos por el salón y los enfocó hacia la amplia terraza: un adecuado escenario, pensé; el resultado de varias generaciones de buena crianza y dinero bien invertido. Una película de satinada decadencia lo envolvía todo, hasta el invisible oleaje próximo, como una delicada capa de barniz. Yo respiraba algo de onírico en aquel lugar; algo quizá de pesadilla.

Nos habían servido vasos con bebida. Eran unos vasos altos y opacos, fríos y húmedos al tacto. Yo probé del mío; eran gin fizzes de eximia factura. Fuera tañía una frívola risa fe-

menina.

Sin haber tocado su bebida, Ortoliz se demoraba en el laborioso encendido de una pipa de barro esmaltado, en cuya exagerada cazoleta el dios Neptuno, provisto de tridente, ponía una invicta mano en la cabeza de una nereida que, sumida de rodillas y entre espumarajos, se ceñía a su cintura. Los ojos verdosos del dios destellaban; supuse que serían pequeñas esmeraldas. La pipa, me dije, debía valer un platal.

-Seré franco, Bermúdez. Es preciso.

Ortoliz se consintió una distendida, aunque muy momentánea, sonrisa, con la que su expresión, hasta entonces sólo cortés, apenas si amable y con un transparente vislumbre de reposado aunque sombrío desdén –aplicable más al mundo en general que a mi mera persona-, adquirió una repentina y sincera, a la vez que pasajera, cordialidad. Me dije, comprendí, que aquel hombre de mundo, mecido desde la cuna por la fortuna y privilegiado por la apostura y el talento, podía trasmutarse en encantador siempre que se lo propusiera. La incógnita residía en saber cuándo, si alguna vez, se lo propondría.

-Rafael no es en realidad mi hermano –dijo-. Es adoptivo. Esto no es un secreto, pero tampoco es cosa que se vocee. Cuando mi padre lo adoptó, Rafael tenía seis años. Su madre fue la segunda mujer de papá, su hoy viuda. Papá murió hace casi siete años, de resultas de una prolongada y penosa enfermedad. Rafael y él... –Ortoliz abrió en el aire una mano-. Rafael y mi padre nunca congeniaron; digámoslo así. Yo, por mi parte, siempre he sentido un gran cariño por el muchacho. Entienda usted; le llevo dieciocho años. Para mí, es más un sobrino díscolo que un hermano. Ayer lo veía crecer, formarse. Hoy, ay, lo veo dejarse estar, torcerse.

Sólo en aquel momento Ortoliz levantó su vaso y bebió. La pipa se le había apagado y la volvió a encender, proceso que se alargó medio minuto.

-En cuanto a esa desagradable incursión intempestiva en el panteón de nuestra familia –dijo-, malicio que Rafael está detrás del incidente. La llave del panteón la birlaron de la biblioteca de nuestra casa del Barrio de la Luna, en Nacimiento. Esto lo comprobé yo a posteriori, personalmente. No pudo ser de otra forma. ¿Y quién pudo llevársela? No se forzaron puertas ni ventanas. Los criados son de mi entera confianza, y además, ¿por qué habrían de hacerlo? Queda mi mujer; sospechar de ella es ridículo, inicuo. Se llevó la llave alguien que sabía dónde encontrarla, y pocos lo saben. Rafael es uno de ellos.

A mí sus razonamientos me parecieron un poco especiosos; frágiles, además. Nada dije, empero. Ortoliz, por su parte, pareció cansarse. Cerró los ojos y se recostó en el alto respaldo de su sillón. Se le empezaban a marcar ojeras en los pómulos, y sus dedos se habían clavado en los brazos del sillón. Sus dientes mordían el cabo de la pipa, de vuelta apaga-

da. Bruscamente, la guardó en el bolsillo del pecho de su camisa. Abrió los ojos, se enderezó, parpadeó.

-¿Cuándo tuvo lugar la intrusión? –le pregunté.

-Hace un par de semanas; algo más –dijo él-. Fue una chabonada, Bermúdez, una chapuza. Eran dos sujetos, quizá tres. El sereno del cementerio los oyó y les dio el alto; huyeron. Habían violentado el catafalco de papá y habían sacado a medias su cuerpo embalsamado; se conservaba bien, todavía, según parece; para estar muerto, es claro –esto lo dijo con el aire ausente del hombre que recuerda-. Escaparon en un vehículo grande, probablemente una furgoneta. Qué pretendían no me lo puedo imaginar.

Con un movimiento indeciso, la pipa de nuevo en la mano y vaga e incierta la mirada, Ortoliz levantó su vaso y lo vació. Chasqueó la lengua, complacido.

-No le pregunté qué quería usted beber –se disculpó; de golpe se había acordado-. Yo siempre bebo gin fizz, cuando vengo aquí. Me preparo yo mismo una jarra todos los días.

-Es usted un coctelero formidable –le aseguré, con no poca vehemencia y absoluta honestidad-. Es el mejor gin fizz que he bebido jamás.

-Un aperitivo hartito sencillo, pero atinar en lo sencillo es a menudo lo más complicado. Creo que Rafael se ha involucrado en un problema serio, que nada tiene que ver con esa estúpida intentona del cementerio.

-¿Mujeres? –inquirí.

-Eso nada sería. Una mujer –con un dedo rígido, Ortoliz apuntó al cielorraso-; una jovencita, valga especificar. Muy jovencita –subrayó.

-¿Menor de edad?

-Buena puntería, Bermúdez.

Seguía sin gustarme el tratamiento, pero descarté el recíproco; no quería crisar las cosas. Mejor dejarlo correr; no me había acostumbrado, a fuer de tan repetido, y nunca me acostumbraría, lo sabía, por mucho que se repitiera, al papel secundario y sesgado de esbirro. La posición subalterna es una maldita cuerda floja, siempre.

-Dígame todo –propuse.

-Abusos deshonestos –a Ortoliz lo había ganado un malhumorado laconismo-. Me habló el padre de la chica, un par de veces. Un individuo solapado y rastrero, pero amenazante. Ella, aunque muy joven, no creo que sea una mosquita muerta.

-¿Les ha dado usted dinero?

-Pretenden que Rafael se case con ella. O eso o la cárcel. Sin duda sabe usted lo estrictos que son en este país con el abuso a menores. La ley es dura.

-No para los ricos, señor Ortoliz. Nunca son estrictos con los ricos, no me embrome. ¿La chica está preñada?

Ortoliz parpadeó. Mi inesperado ataque, haber yo agarrado el toro por los cuernos, lo había hecho enarcar las cejas; a esto lo siguió una ligera sonrisa. Me pareció que aprobaba mi actitud.

-¿Preñada? –frunció el entrecejo- No que yo sepa.

-Tiene que haber algo más, para que usted se sienta amenazado.

-Puede ser –dijo Ortoliz.

Los labios se le habían secado; parecían cuarteados. Sus ademanes se volvieron ligeramente más perentorios y su mirada se tornó decididamente huidiza.

-¿Qué es?

-No lo sé, no lo sé –Ortoliz pegó en un brazo del sillón con la mano abierta-. Le aseguro que no lo sé. Algo hizo Rafael. Maldita sea.

-¿Él qué dice?

-Hace quince o veinte días que no lo veo.

-¿Desde antes de la incursión en el cementerio?

Ortoliz asintió pesadamente, con la cabeza, aunque tras una sospechosa vacilación. Había cerrado de nuevo los ojos y se había vuelto a recostar en el respaldo del sillón.

-¿Dónde está? –pregunté -¿Lo sabe usted?

-Para en la Barra, creo, por algún sitio –Ortoliz tragó aliento y miró, con ademán ostensible, su reloj de muñeca-. Quiero que usted lo localice. Eso lo primero. No hable con él; sólo localícelo y dígame dónde está. Esa muchacha sabrá dónde se encuentra. A las ocho y media tengo una partida de bridge concertada. Quiero también que bucee en la vida de esa muchacha y su padre; él no es trigo limpio, se lo aseguro, y no creo que lo sea ella.

-En cuanto al incidente del cementerio...

Ortoliz me interrumpió, inclinándose bruscamente hacia adelante en su asiento y con una expresión de intenso furor que le afeaba el patricio semblante.

-Deje eso de lado, por el momento –dijo, de forma perentoria-. Déme armas con qué batir a esos truhanes.

Se mordisqueaba la boca con una especie de nerviosa avidez. Las incipientes ojeras delineadas en sus pómulos se habían ahondado y adquirían un tinte violáceo. Los finos dedos fuertes de su mano temblaban un poco mientras rebuscaban en el bolsillo, del que emergieron con una foto.

-Ésta es la niña –Ortoliz tenía la voz gruesa, algodonosa-. Mónica Perellada; así se llama. La foto, que pronto tuve en la mano, mostraba a una pareja de bailarines inmovilizados en mitad de un giro. La chica, de aire grácil y frágil, exhibía una sonrisa de adolescente perdurabilidad en un rostro pequeño y oval, enmarcado por las negras alas de la cabellera; descansaba un fino brazo leve en el hombro de su acompañante. Su mirada parecía

perdida, distante, algo desenfocada. El hombre, joven y apuesto, musculoso, no muy alto, enseñaba un perfil de rasgos neutrales y expresión ensimismada.

-¿Quién es él? –indagué- ¿Rafael?

-No sé quién es –dijo Ortoliz, con cierta brusquedad-. La foto la hice hacer yo, hará ocho o diez días, en un local nocturno de la Barra Vieja. La chica se apercibió de mi presencia y se esfumó.

-¿Usted la seguía?

-La ví; fue por casualidad –a Ortoliz le persistía el disgusto; había una visible reticencia en su actitud, cierta renuencia en sus palabras, inclusive un foco de hostilidad hacia mí en su mirada-. Yo quería hablar con Rafael, lo buscaba; llevaba días buscándolo. Sabía que él frecuentaba ese sitio. A mí también me conocen allí. El fotógrafo no opuso reparos en cuanto a hacerme un favor que le pedí, y que por supuesto le pagué. Se llama Nolzi, creo. Le adelanté cien pesos y le prometí otros tantos y él tiró medio carrete de la chica; no sé; diez o doce fotos. Casi todas son malas, inservibles. Ésa es la mejor, la única fidedigna, mal que bien. El lugar no era el más idóneo.

Ortoliz hablaba de forma espasmódica, tapándose y destapándose la boca cada pocos segundos con dedos nerviosos. Me dio la impresión de que tenía miedo. Si yo en un primer momento lo había conceptualizado como uno de esos hombres ajenos a la duda, que jamás se entreparan a prever consecuencias ni contrariedades ni a precaverse de complicaciones, llegados a aquellas alturas vislumbré en su actitud un algo de impreciso e irresoluto que (pensé), al tiempo que lo humanizaba, al menos hasta cierto punto, a él le debía resultar tan novedoso como ingrato.

-Es difícil -murmuró.

Había levantado su vaso y comprobado que estaba vacío. A una señal suya, discreta, tanto que me pasó enteramente inadvertida, pero que debió existir, se materializó a su flanco un puntual y prolijo camarero, con la redonda bandeja de latón en la mano.

-¿Le hace otro trago, Bermúdez?

Dije que sí. Esperé que el camarero se marchara, con los vasos vaciados en su bandeja; me había guardado en el bolsillo la foto, sin pedirla, del que ahora elucidé mi libreta de apuntes espiralada y mi Montblanc de tinta negra.

-¿Dónde vive la señorita? –pregunté.

-Residen en el Club del Lago, por lo menos en verano –Ortoliz había recuperado, sin visible esfuerzo, la postura imperturbable-. Su padre es allí, ¿se lo he dicho?, ¿no?, instructor de tenis. Es un individuo con antecedentes, por lo menos, dudosos, una especie de gigoló cuarentón, algo revenido –sonrió, como en reminiscencia algo condolidada de su propia edad, y se pasó una mano por el pelo-. El hombre se llama Félix Perellada. Tiene una no-

via o querida que también trabaja en aquel club, una modelo retirada. Es una mujer bastante atractiva, aunque también más dura que el acero y más fría que una ecuación de tercer grado –me pareció que sus palabras le habían gustado y que se las repetía en silencio; acaso para algún verso de un poema futuro. Se quedó callado unos segundos-. No recuerdo su nombre ahora. Cumple funciones de encargada del salón, o algo por el estilo, y mi intuición me dice que se trata de la cabeza pensante, de la materia gris de la pandilla –Ortoliz se expresaba con indisimulado agravio, con rencor-. Organiza bailes, tómbolas, torneos de bridge y concursos de belleza.

Pareció serenarse definitivamente en la cadencia de sus palabras.

El camarero depositó nuestros vasos, el mío junto a mi codo. También dejó sobre la mesa una gruesa jarra de vidrio, con líquido adentro. Ortoliz guardó silencio hasta que lo vio alejarse lo bastante, fuera del alcance del sonido de su voz.

-Hay algo oscuro y obscuro que amenaza a Rafael, y que por ende también me alcanza a mí –dijo-. Primero fue aquel asunto grotesco del cementerio, y ahora aparecen esa cría y su padre, con sus exigencias. Si sólo se tratara de dinero...

-Si sólo se tratara de dinero –atajé yo-, no se hubiese puesto usted en contacto con el coronel Prósper. Usted quiere información –añadí-; se la traeré.

Cerré y guardé la libreta, en la que sólo había apuntado algunos nombres: el de la chica y su padre, el del fotógrafo y el de mi amigo Moyano, al que pensaba acudir antes que a nadie. Ortoliz asintió a mi aserto con lejanía, como ausente; parecía tener la mente en otra parte.

-No son trigo limpio, Bermúdez.

¿Quién sí? Lo pensé sin decir mu, por precaución.

Bebimos los dos en silencio, como viejos y buenos amigos. Yo no tenía prisa; precisaba de un rato para dirimir una línea de acción. Los callados minutos se sucedieron, inofensivos. El gin fizz seguía siendo perfecto; me tomé tres. Ortoliz se había olvidado de su inaplazable compromiso.

De la terraza llegaban risitas chillonas y susurros relamidos. Una mujer alta y rubia, más llamativa que atractiva, se nos acercó a través de las altas arcadas, saludó a Ortoliz con un alado cascabeleo en ningún idioma y siguió de largo hasta atravesar los cortinajes y perderse del otro lado; yo la observaba. Pipa en la mano, humeante de nuevo, Ortoliz regresó al diálogo, al presente.

-Éste es Rafael –dijo; parecía que de golpe se había decidido. Había sacado una segunda foto del bolsillo y me la tendía-. La foto tiene unos años. Es la única que encontré.

Me la pasó. En ella se veía la cara de un muchacho joven, de rasgos delicados y finos, acaso un poco femeninos. Los ojos revelaban una clara, aunque desconfiada, inteligencia. La

semisonrisa de sus labios era indecisa y tímida. Me la guardé con la otra. Ortoliz no rechazó.

-Puede usted también indagar en Melgarejo –me insinuó-, en eh eh el barrio eh La Cañería. La madre de la chica vive allí. Entiendo que fue maestra y que ahora trabaja en los Grandes Almacenes Iburguren. La opinión general la conceptúa de honesta y decente.

-¿Usted ya ha hecho indagaciones por su cuenta? –era una pregunta ociosa, irrelevante, pero la tenía que hacer.

-Sólo algunas pesquisas superficiales, lo natural. Tengo amigos.

-Me lo imagino.

Me levanté. Había terminado mi tercer gin fizz y era hora de hacer cosas, justificar mi paga. Nos despedimos. Dejé a Ortoliz allí sentado, con la clara impresión de que el hombre estaba por lo menos hondamente preocupado, si no asustado, y no por su hermano adoptivo, o no sólo por éste; también por sí mismo. ¿Era de mi incumbencia averiguar por qué?

A lo largo de nuestra plática, el muro de contención que Ortoliz había erigido ante los demás, para presentar la elaborada imagen del patricio mundano, una sutil e incasual combinación entre sportman, artista y bon vivant, se había resquebrajado gradualmente (y luego sólo recompuesto a medias) bajo los efectos de una tensión de la que mi compañía estaba lejos de ser la causa, aunque pudiera haber sido el momentáneo desencadenante; una tensión, o mejor dicho un misterio cuya inquietante razón de ser yo ignoraba, pero cuyo olor yo ya percibía y me desagradaba. Me preguntaba qué querría en realidad de mí aquel hombre, y no porque saberlo me importara demasiado, mientras se me pagaran mis emolumentos y mi piel no corriera exagerado peligro. Me subí a mi automóvil y me fui; eran las diez menos cuarto.

3)

El Club del Lago abarcaba varias hectáreas de bungalows y edificios de tres y más plantas, con cine, mercado y farmacia, amén de la sede social, todo ello entre cuidados jardines y pulcros parterres y setos, con calles arboladas de curvas amplias y abiertas y senderitos de lajas y grava cubiertos de pinocha y flanqueados por taludes suaves de bien cuidado césped. Familias burguesas reunidas en el parque, grupitos de amigos disponiendo la barbacoa, parejas jóvenes trenzadas de la mano en las bucólicas aceras y bajo la luz de elongadas farolas frías, un negro perro alano que estremecía el aire quieto de la noche con sus ásperos ladridos y yo al volante de mi ya senil y deslucido Mercury; era una típi-

ca noche de verano en las democráticas afueras de Cuernos del Diablo. Yo conducía a unos prudentes noventa por hora y hacía sonar el claxon en todas las bocacalles. La sede social del club constaba de dos edificios de tres plantas conectados, uno de ellos alargado y el segundo cúbico y un poco más achaparrado, con techo a dos aguas; a ambos los aliviaban numerosos ventanales.

Pasé por las puertas del edificio grande sin que se me requirieran credenciales de ninguna clase, sin que nadie siquiera se me acercara a preguntar, y me encaminé escaleras arriba al despacho de mi amigo Moyano, secretario del club. Golpeé y entré.

En el antedespacho, una morena de inquisitivos ojos muy sombreados sorbía café de un pocillo que sostenía en alto con dedos nacarados. Era bonita y vulgar y, según un cartelito dispuesto al efecto sobre la mesa, respondía por Srta. Memé Cipriani. Encima de la mesa había un teléfono con el auricular descolgado y una máquina de escribir ociosa. La Srta. Memé estaba sentada detrás de la mesa, muy derecha; parpadeó al verme. Advertí que unas gafas de lectura le colgaban del cuello con una cinta rosa; se las puso. Dejó el pocillo en su platito, sobre la mesa, y parpadeó cuatro segundos más. Las gafas tenían la forma de unos ojos de gato egipciaco, alargadas y puntiagudas rumbo a las orejas.

-Buenas noches.

-Buenas noches. ¿Busca a?

-Quiero ver a Moyano. Dígale que ha venido Doblebé.

-¿Es usted? Parece una marca de whisky. ¿Para qué?

-Mi apodo se remite a las iniciales de mis nombres de pila, pero también puede ser una marca del licor que usted prefiera, Srta. Memé, siempre que lo bebiéramos usted y yo juntos –lo dije todo con un acento insinuante, o al menos lo intenté.

Ella se sonrió, y, como un abracadabra, inesperadamente se sonrojó.

-¿Para qué quiere usted ver al señor Moyano? Eso preguntaba yo.

-Cuestión personal. Somos viejos amigos. Paso a saludarlo. Dígaselo, ¿quiere?

-Está reunido y no se lo puede interrumpir. Tendrá usted que esperar o volver más tarde. La puerta del despacho de Moyano estaba, a espaldas de Memé, cerrada. En las paredes del antedespacho, que yo hacía tres o cuatro veranos que no pisaba, colgaban escenas idílicas, campestres, pintadas al pastel por un único artista reblandecido. Contra una pared había una fila de asientos de aspecto claramente incómodo, y a un costado dos sillones con una mesa baja en medio. Yo me senté en un sillón. Memé levantó el auricular del teléfono y lo colgó en su soporte.

-Lo descuelgo –me explicó– para que no me escorchen a la hora del café.

-El café tan tarde le quitará el sueño.

-Trabajo hasta medianoche y me acuesto cuando amanece.

-Vivir de noche es igual que vivir cabeza abajo.

Hablábamos por hablar, para que no se espesara y solidificara el silencio; lo usual y manido en circunstancias así.

-Mi horario es de cuatro a doce –me informó Memé, sin átomo de picardía-. Por las mañanas, de ocho a cuatro, viene mi hermana Loló.

Hizo girar con dos dedos el cartelito, en el que pasó a leerse: Srta. Loló Cipriani. Memé lo volvió a hacer girar, de manera que de nuevo mostrara su nombre.

-¿Qué le parece? –me preguntó- Práctico, ¿no es cierto?

-Sobre todo barato –le contesté.

Memé condescendió a unos segundos de ponderativo, sonriente silencio, mirándonos mutuamente, antes de desentenderse de mí. Después de tecleear medio minuto en la máquina, con dos únicos pundonorosos dedos, se llevó al oído el auricular del teléfono, marcó un número de nueve dígitos en el disco, lo que significaba una conferencia de larga distancia, seguramente a Nacimiento, y se puso a parlotear con una tal Judith; primero habló con la madre de Judith, después con una hermana y por último con Judith en persona. Memé desgranaba estúpidas y entrecortadas frasecitas en las que intercalaba agudas risotadas que tenían un punto de procacidad. Yo pronto me distancié de aquel barullo y me puse a fumar y a meditar.

Mi origen, mi crianza, mis resultantes modales, me daban fácil acceso a los templos para snobs: garitos, salones, playas y clubs, todo el circuito; me brindaban el parcial anonimato y la débil cobertura de ser o parecer uno más de entre el resto, a resguardo de recelos y suspicacias, pero en ocasiones mi remunerada labor de agente infiltrado se contraponía a mi educación e inclusive a mis principios, difusos pero existentes; espía no soy.

Yo me preguntaba quién era en realidad Martín Ortoliz y qué pretendía, que alarma o barrunto lo había impelido a acudir al coronel Prósper. Repasé lo que sabía de Ortoliz, a grandes rasgos, que no era mucho. Ortoliz era un terrateniente y empresario rico, muy rico, a la vez que un cosmopolita cultivado que escribía libros difíciles, en los que versificaba sobre cuestiones como la inmanencia, la trascendencia y las angustias y agonías metafísicas del ser en sí y del ser para sí, materias todas ellas no obligatorias para ciudadanos libres, blancos, cristianos, de sexo masculino y mayores de edad. Me dije que recurrir a Prósper con miserias familiares debió ser un trámite amargo y arduo para el poeta millonario. Uno de sus poemas, que leí más de una vez sin entenderlo ninguna, constaba de varios centenares de versos y se titulaba ‘Las categorías kantianas’. Un hombre así, pensaba yo, propietario además de medio millón de vacas y de varias empresas, así como autor también, según recordé, de un par de libros técnicos para hacendados acerca de la crianza de ganado vacuno de raza Hereford (pues no sólo de poesía se había inficionado

su pluma), príncipe entre sus iguales, que eran poquísimos, por lo demás, ¿por qué trance tenía que estar pasando para ceder a terceros parte de su idiosincracia? Yo me había encontrado con un hombre arrogante y seguro de sí mismo y me había despedido de un individuo titubeante como un elegante y engañoso títere mal compuesto; alguien que había llegado al límite de su resistencia.

No había terminado aún mi segundo cigarrillo cuando la puerta del despacho se abrió y un hombre y una mujer salieron con cierta prisa. Eran dos cincuentones bronceados, altos y elegantes, pero que no parecían felices. Tras ellos salió otro hombre, bajo y grueso, de mejillas fofas y pelo rubio ralo, al que ipso facto reconocí. Era don Aarón Lederer, el propietario del club; él sí parecía feliz; siempre parecía feliz y acaso lo fuera. Llevaba puesta una camiseta blanca con su propia imagen estampada en azules, en la que exhibía una amplia sonrisa.

-Vaya vaya, Bermúdez –don Aarón se dirigió a mí sin detenerse, y sus facciones imberbes, no trabajadas por las pesadumbres ni por los inviernos, compusieron una expresión de sensualidad amorfa y juvenil. A pasos cortos se encaminó a la puerta y la abrió, para que pasara la pareja. Él salió detrás y antes que cerrara le oí decir:- Lo arreglaremos, don Marcelino, quédese tranquilo.

Memé había colgado el teléfono, apresurada y furtiva, al salir Lederer, y se había colado hacia el interior del despacho de Moyano. Yo ya había encendido el tercer cigarrillo cuando ella reapareció:

-Pase usted –me invitó, con una sonrisa parecida a un tic, que se encendió y apagó.

Moyano me debía un par de favores; no eran gran cosa, pero la deuda existía. En aquel oficio mío, siempre convenía tener nombres en la columna del haber. Yo hacía lo que podía. Cerré la puerta a mi espalda y me senté. No me iba a andar por las ramas, aunque tenía que medir muy bien lo que dijera.

-Un tal Perellada, instructor de tenis. Háblame de él.

-¿A santo de qué?

Los astutos ojos semientapotados de Moyano, bulbosos y salidos, tenían una lineal lucecita de tenue, paladeada malicia. Moyano era un hombretón amable, de corteses maneras y de carácter gris y plano como un traje de confección bien planchado. Era un hombre de aspecto anodino y de actitud pausada y reticente, si no falsa, bastante elaborada. Llevaba veinte años en su cargo y todo hacía suponer que se moriría ocupándolo. Rondaba en los sesenta. Su secundaria figura formaba ya una parte inextricable del paisaje del club, como la piscina o los tiestos con gomeros. Moyano era acaso el hombre mejor informado de la comarca; que el azar me lo hubiera puesto a mí allí, así, gratis, era una eventualidad

en mi favor que yo no podía desperdiciar. Después de masticármelo un segundo, deduje que me tenía que confiar, al menos someramente, a él.

-El hombre –dije- tiene una hija.

-Mónica, en efecto –asintió Moyano-, una colegiala encantadora. Rafael Ortoliz está colado por ella, no es ningún secreto. Conociendo tu profesión, es de suponer que has venido por eso. ¿Qué quieres saber?

-Los quiero conocer, a padre e hija, pero antes contestarás a unas preguntas.

Moyano me observó inmóvil, mesa de por medio, por unos segundos; al final cabeceó, entrelazó los dedos romos y gordezuelos y adoptó una expresión entre irónica y resignada.

-Dispara –dijo.

-¿Qué tal es el tipo?

-¿Félix? Bueno en lo suyo. Sabe de qué va. No se trata en realidad de instruir o enseñar nada, sino de entretener. Félix da clases a jovencitas y Carlitos Arostegui a señoras de mediana edad; tal para cual. Félix es agradable, simpático, atractivo también para el bello sexo, pero no actúa nunca de manera, digamos, peligrosa. Flirtea un poco con las niñas, que es lo que ellas buscan, pero jamás se ha pasado de la raya, que se sepa.

-Tiene novia.

-Nedasha, sí. ¿Tú no la conoces? –Moyano pareció extrañarse-. Nedasha Borrell; fue modelo. Aquí está a cargo de organizar y supervisar los juegos de salón y los bailes. Las diversiones, tú ya entiendes: el bridge, la canasta, los dardos, el ping pong; fiestecitas juveniles, tómbolas, algún baile de disfraces y esos estúpidos certámenes de belleza para quinceañeras.

Moyano, yo lo advertía, encontraba una especie de mansa fruición al explayarse sin cortapisas sobre aquel mundo del que era un asalariado; inclusive había cerrado un par de veces los ojos, como perdido en un universo diferente, de su propia intelección.

-Éste es un club para gente pudiente, gente decente –añadió-. Para sólidos burgueses escasamente pensantes, a los que hay que darles hasta el placer masticado, porque si no se atragantan. Esto no es un nido de oligarcas reaccionarios como el de los arponeros. ¿O me equivoco o vienes de allí?

-Las noticias vuelan.

-Yo me entero de todo, hermanito. No por otra razón estás tú aquí.

La voz de Moyano tenía una inflexión de arrullo, engañosa y calculada. Nos sonreímos; nos conocíamos.

-Félix debe estar a esta hora abajo, en la cantina –me propuso Moyano-. Si a ti te vale te lo presentaré. No le diré a qué te dedicas ni de lo que hemos hablado, no te preocupes. Tu peligroso métier es una de esas cosas que yo sé y me guardo para mí.

-No hago de ello un secreto, pero de todos modos te agradezco tu discreción.

-Favor con favor se paga.

4)

Salimos juntos del despacho y bajamos juntos, a través luego de dos sucesivos salones atiborrados, a la cantina. La gente jugaba a las cartas en los salones; y al billar. Reconocí a Mónica Perellada, sin sorpresa, en una jovencita enfurruñada y de trenzas púberes que observaba una partida de billar recostada en una pared, con una botella de refresco de cola en una mano. Era más bonita que en la foto y parecía infantil; su gesto torvo le prestaba un aire singularmente virginal. Un muchacho espigado, con acné, la miraba de cerca, con inequívoco arrobamiento.

Muchos saludaban a Moyano al pasar nosotros, y él repartía sonrisas, ademanes, golpecitos en el omóplato y pálidos, anticuados, enrevesados cumplidos a las damas.

-Qué broche más fey, señora Erminda –le oí decir-. Qué regalo de Dios a los ojos es verte, Madelón. Ah, la fragante y etérea Carolina Luna.

Yo sentía un vago rubor de vergüenza ajena.

-Llamarse Leopoldo, pobrecito, ¡qué cruz! –le decía Moyano a una anciana oxigenada y maquillada como un tótem, que le había prendido de una manga una mano como una garr de avestruz-. En fin; otros se llaman Diosdado, Jacinto e inclusive Floreal y lo sobrellevan, madame, sobreviven– Moyano se llamaba Omar u Óscar, o puede que Rubén, yo no estaba seguro, porque todo el mundo, yo inclusive, lo llamaba por su apellido.

Nos acodamos los dos a la barra, en la cantina, cerca de una esquina. Había sonado la grave y litúrgica medianoche; doce campanazos emitidos por un gong oculto en algún sitio. De los salones, de algún rincón oculto a nuestras espaldas, subía y crecía una música nostálgica, sin canto humano: ensimismados violines y un piano. La gente entraba y salía, se alejaba y se acercaba, se saludaba y reía. Una pareja se besuqueaba contra la pared, indiferente por completo al mundo circundante.

Moyano llamó al encargado del bar. Yo preferí no continuar con el gin fizz, convencido de que aquí sería muy inferior a los que ya había bebido, y me incliné por un vodka con naranja. Moyano imitó mi ejemplo; con una risita y las cejas arqueadas, se hizo servir otro.

-Prosit –brindó, con el vaso cilíndrico en alto; acto seguido elevó la voz al llamar:- Félix, acércate.

El hombre alto de la esquina contraria a la que ocupábamos nosotros estaba a solas, observando hacia el salón vecino, separado de la cantina por un arco amplio y un cubículo alargado, del que colgaban percheros con aislados sombreros y gorros, capotes de verano

y abrigos ligeros, más un prescindible y prescindido paraguas metido en un paragüero. Al oír su nombre en la voz de Moyano, el hombre se giró hacia nosotros, recuperó su vaso de encima de la barra y se nos acercó, andando a pasos largos paralelos a ésta, por detrás de las espaldas de los cuerpos alineados.

No había mesas del lado de aquí del arco; sólo la barra semicircular, con algunos taburetes distribuidos de forma aleatoria entre sus extremos. Del lado exterior de unas ventanas de cristales emplomados se extendía el jardín del club, con la piscina olímpica al fondo y algunos focos altos encendidos. Reflectores a ras de suelo enfocaban las masas arbóreas y los apretados setos del contorno y lanzaban inútiles chorros de luz al cielo. Borrrosos círculos de luz lunar se dibujaban contra unas nubes dispersas. En un costado del jardín se veía el vacío trampolín de siete metros, como un dedo gigante que apuntara a nada. Las sombrillas que adornaban las mesas, cerradas todas, parecían cigüeñas grotescas con el pico apuntando al suelo; artefactos inútiles y fuera de lugar bajo las remotas estrellas y la menguada luna.

Yo me sentí, de súbito, agotado; temía dormirme de pie y caerme redondo al suelo, con sólo que mis ojos, distraídos, se cerraran.

Moyano hizo las presentaciones de rigor, como si yo fuera un amigo suyo de paso. De Perellada me dijo “el tenista”; después supe que Perellada había sido un buen jugador semiprofesional en sus mejores días, y que había llegado una vez a disputar los dieciséis de Wimbledon, donde había caído honrosamente frente al australiano Newcombe. Perellada, según comprobé, tenía una mano fuerte y áspera; su apretón me gustó: era firme, viril. Mi oficio me desaconsejaba propender a inclinaciones movidas por empatías o por el instinto, pero no pude evitar que el hombre me agradara al primer golpe de vista. Y aunque advertía que Perellada era un tipo, seguramente, dudoso, tal como Ortoliz me había señalado, me costaba creerlo capaz de un burdo chantaje sentimental que tuviera como instrumento propiciatorio a su propia hija.

A lo largo de una buena y sobrada media hora, Perellada y yo, con la intercesión menuda y espasmódica de Moyano, intercambiamos educadas paparruchas que sería engorroso transcribir; hablamos, entre otras cosas, de tenis y de su carrera como tenista, de la que el tipo se sentía orgulloso. Había sido, me enteré, campeón nacional dos veces, década y media o dos antes.

La charla, distendida y ociosa, me dio ocasión, no obstante, para aquilatar al hombre. Exteriormente, Perellada era un sujeto alto, cetrino, de afilado rostro fusiforme en el que descansaban dos tersos ojos azules, inesperadamente francos. Se le podían echar entre treinta y treinta y cinco años, aunque en realidad, según supe en su momento, había cumplido cuarenta. Me pareció, sin duda absurdamente, demasiado joven, sea como fuere,

para ser el padre de la enfurruñada beldad núbil a la que yo había visto un rato antes. Esta visión mía del hombre se modificó con el paso de los minutos, sutilmente. ¿Un gigoló? No lo sabía. Un tipo acaso francote pero ordinario, de cutis áspero y grueso y ademanes y gestos trillados, del montón. Usaba, además, demasiada gomina y de mala calidad. Promediada la charla, con mi segunda vodka, que me había privadamente marcado como prudencial límite para aquella noche, empecé a tener la molesta sensación de que Perellada sabía sin género de dudas quién era yo y qué hacía y por qué estaba allí en su compañía. No se trataba de nada que él hubiera dicho ni siquiera insinuado; tampoco respondía a ninguna actitud suya concreta. Era una sensación indiscernible, que obedecía al sexto sentido o a la intuición (o acaso al sentimiento de culpa subconsciente que embarga al espía y al soplón). Quizá fuera sólo por su inconvincente aplomo; quizá por un par de miradas de través que no sé si de verdad capté o si en realidad me las suministró mi imaginación post facto. Mi barrunto, finalmente, se hizo certidumbre en el momento en que se nos allegó la mujer, que no supo, no pudo o no quiso disimular.

-Nedasha, aquí.

Perellada la llamó al verla asomarse por el hueco de una estrecha escalera que se hundía, en el fondo del local, hacia donde estaban los lavabos y urinarios; yo la había bajado y subido un rato antes. También había, abajo, depósitos con cajas de bebidas y vituallas enlatadas, y una puerta cerrada con candado y una segunda, sin éste, en la que lucía un rotulito de plástico: Oficina. Yo creía haber visto una raya de luz bajo la puerta; la mujer, supuse, debía venir de allí. Se nos acercó a paso vivo y su mirada hostil se fijó en mí. Del mismo modo instantáneo e instintivo en que Perellada me había agradado, ella me desagradó.

La presencia entre nosotros de la mujer, con aquella mirada suya cargada de hostilidad y desconfianza, me produjo un creciente malestar. Sentí, en algún momento, que había empezado mi pesquisa de forma atropellada, errónea.

Nedasha Borrell era una mujer alta y esbelta, de cabellera cobriza corta y magnífica figura; tenía ojos fríos y labios finos y apretados. Era sin duda hermosa, sin duda atractiva, pero poseía una carga eléctrica que yo encontraba negativa, que me inquietaba. No habló conmigo de forma directa; se colgó de un brazo de Perellada, con actitud desafiante, y apenas si abrió tres o cuatro veces la boca para pronunciar monosílabos. La chica, Mónica, no se nos acercó en ningún momento; la ví cuando me iba, media hora después de aparecer en la cantina Nedasha Borrell. La chica estaba sentada a una mesa con otros cuatro o cinco jóvenes de ambos sexos y parecía aburrirse. Ya no estaba enfurruñada; bostezó una vez, educadamente, cubriéndose la boca con el puño. Era más que bonita: era fresca, tersa, lindísima.

Yo tenía la clara percepción de haber perdido un día, y no me sobraban; nunca sobran cuando se trabaja (o todos sobran, lo que viene a ser igual). Yo también bostecé, camino de mi auto, varias veces. Ansiaba meterme en la cama, cerrar los ojos y confiar en que el esquivo sueño se me mostrara propicio.

Cuando ya había abierto la portezuela del Mercury y me inclinaba para entrar tras el volante, escuché a mi espalda unos pasos rápidos que repiqueteaban, acercándose: una mujer. Una voz de timbre agudo me llamó con perceptible ansiedad.

-Señor Bermúdez. Señor Bermúdez, espere, por favor.

Era Nedesha Borrell. Jadeaba un poco al llegar junto a mí y se apretaba un costado del diafragma con una mano.

-Félix no sabe que he salido y no quiero que lo sepa –dijo; hablaba rápido-. Debo hablar con usted mañana.

-¿Dónde? ¿A qué hora?

-Venga usted por aquí –dijo, y en seguida rectificó-. No, no, aquí no. Lo llamaré yo. Déme un teléfono.

-Estoy en el Marmontel, en Melgarejo. No conozco qué número de teléfono tiene.

-Yo lo buscaré. Lo llamaré a media tarde –me avisó-, sobre las cinco.

Nedesha Borrell giró sobre sus altos tacones y se alejó a paso vivo. Tenía un andar airoso y descuidado; me hizo pensar en una potra purasangre.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

alvarocastillo.net